

AIRE LIBRE



Un poni, con el monte Gorramendi al fondo, en la entrada al valle de Aitzakun.

GONZALO AZUMENDI

Gentes de frontera

Urritzate y Aritzakun, dos reductos en el valle de Baztán

Rincones secretos del País del Bidasoa barojiano. Alisos y avellanos. Y en el aire, alimoches. Dos casi inaccesibles regatas que miran a Francia, con habitantes que se prestan a charlas sosegadas.

ÓSCAR ALEGRÍA

La luz se hizo en el caserío Bidegorrieta el año pasado. Hasta entonces, la familia Marisko, los habitantes más perdidos de este pequeño Amazonas navarro, conocían lo que era cenar a luz de vela y centrifugar la ropa en el río. Tenían tres horas de camino hasta la civilización, entendida ésta como misa, médico y colegio. Hace un año les llegó la corriente, pero sólo eso. El asfalto, entendido como breva firme, todavía se resiste. Así, una vez pasado el siglo de las luces, en estos remotos valles, cada vez más deshabitados, no es difícil conjugar el verbo perderse en todas sus formas. Ellos se pierden, nosotros nos perdemos.

Despoblación y aventura se suceden en Urritzate y Aritzakun, dos regatas en el rincón noroeste de Baztán. Están en suelo navarro, pero, como el curso de sus aguas, sus pobladores hacen más vida hacia Francia. Estamos en lo que la publicidad turística llama los valles tranquilos. Así es. Baztán suma 15 pequeñas poblaciones donde la serenidad de una mañana puede quedar rota por el sonido de una lejana sierra radial, pero nada más. El resto son trinos, campanazos de iglesia, un coche de vez en cuando, viento y silencio.

Famoso por los aquelarras de Zugarramurdi y situado junto a la selva de Bertiz, el valle de Baztán ofrece una montaña suave y vecina del mar. Se nota. No hay más que mirar los cielos finales de la tarde en general o las tonalidades que da el salitre

GUÍA PRÁCTICA

Cómo llegar

Desde Elizondo, tomar la N-121 dirección Francia por Dantxarinea, y en el puerto de Otsondo, coger el desvío a la derecha hacia el monte Gorramendi. En siete kilómetros se llega al collado de Itzulegi, de donde parte una pista a la izquierda hacia Aritzakun. Si se sigue por la carretera a Gorramendi, se llega en tres kilómetros más a un pequeño aparcamiento final junto a unas antenas. De ahí parte el camino a pie a Irubelakaskoa. Otra opción es remontar cualquiera de las dos

regatas desde el punto en el que se unen, cerca del caserío Sumutsua, al que se accede en coche desde Bidarraí, en la parte francesa, por la carretera que acompaña al río Bastan (con s) y pasa el *Infernuko zubia*, puente del Infierno.

Dónde comer

■ **Burkaitz** (948 39 30 00). Venta enclavada en Arizkún, con buena trucha con jamón y becada flambeada al *armanac*. Menú: 18 euros. Albergue para 20 personas, a 10 euros la litera.

■ **Lezeta** (948 39 30 01). Arizkún. *Confit* de pato, postres generosamente caseros. Alrededor de 18 o 20 euros.

Dónde dormir

■ **Enekoneko Borda** (948 45 34 19). Caserío tradicional aislado, a cuatro kilómetros del puerto de Otsondo, tiene 10 plazas. Fin de semana, 380 euros.

Información

■ **Consortio turístico de Bertiz**: 948 59 23 23, www.consorciobertiz.org.

en las crines de los caballos en particular. Es zona también del amado País del Bidasoa de Baroja, en el que ya no quedan esos carabineros y frailes que el escritor donostiarra pedía descartar de su ideal de república. Sólo las moscas han sobrevivido.

Radares y lamias

Para perderse por Urritzate y Aritzakun hay que conseguir un buen mapa. En la oficina de turismo de Bertiz pueden proporcionarnos uno. Quede claro que con coche sólo se permite el asomo. Hablamos de lugares que hay que ganarse a pie. La circulación está restringida. Es la ley de la selva.

Una primera opción es acceder en coche hasta el final del macizo Gorramendi (10 kilómetros) por el desvío en el puerto de Otsondo y desde allí llegar a pie en suave ascenso (hora y media) hasta la cima del Irubelakaskoa (967 metros). Es el balcón privilegiado del lugar, una reserva que alberga una extraña aliseda de ladera y que permite además tener una visión aérea de las dos regatas. Al oeste queda la más habitada, Aritzakun, lugar de robles en euskera, con sus tres familias en caseríos diseminados. Al este, Urritzate, zona de avellanos y territorio exclusivo de los Marisko. Pero hay más: enfrente se alzan las peñas de

Itxusi, otra reserva natural poblada por aves pétreas de todos los colores, milanos negros, roqueros rojos, chovas piquigualdas y la mayor colonia de buitres leonados de la comunidad foral. Eso sí, en la roca, también los inquilinos se cuentan por abandonos. Con algo de suerte se pueden ver alimoches, y con mucha más fortuna, un quebrantahuesos.

El macizo de Gorramendi, con sus seis crómlechs, cinco búnkeres, cuatro antenas y 20 palomeras, es donde el Pirineo alcanza sus primeros 1.000 metros y donde el ejército norteamericano construyó una base de vigilancia aérea en los años cincuenta. Hoy quedan sólo ruinas y un topónimo popular: Washington. Desde la falda occidental de este macizo, desde el collado de Itzulegi (a siete kilómetros de Otsondo), tenemos la opción de introducirnos selva adentro. De ahí parte una pista de circulación restringida por dos agentes: los baches y la ley. Desciende por la regata de Aritzakun y permite llegar a pie en hora y media hasta el lugar donde el mundo se llama Zelaia, cuatro casas abandonadas que concentran a la perfección los ingredientes mínimos para ser un casco baztanés, es decir, frontón, iglesia-escuela, una casa hecha con dinero de las indias, y otra, con el del contrabando. Muy cerca quedan

Una lejana sierra radial puede romper la mañana, pero nada más. El resto son trinos, campanazos de iglesia, un coche de vez en cuando, viento y silencio

los restos de una supuesta mina romana y la fuente de Urreputzu, un manantial cuyo nombre rememora también pasados boyantes y que se dice era custodiado por las lamias, el representante fluvial en la mitología vasca de la universal sirena, con la que comparte, además de cabellos dorados, el objetivo de seducir al hombre antes de echarlo a perder.

Y si algo baztanés le falta a Zelaia es el restaurante. Pero si seguimos caminando por la misma pista destino norte, llegaremos en media hora a las ventas de Lezeta y Burkaitz. Esto es la pura muga. Sus habitantes son trilingües, ofrecen alcohol barato, buenas truchas con jamón, servicio en pucheros sobre hule de cuadros, reliquias como colgaderos de pezuñas de jabalí, ceniceros triangulares de Ricard y sobremesas que recuerdan noches de tiros de carabineros y paso clandestino de ganado. Como dice el escritor y vecino baztanés Miguel Sánchez-Ostiz, "estas gentes no son ni francesas ni españolas, son fronterizas".

Charla con los pastores

La comida es también fronteriza, todo casero, sin supermercados a la redonda. El cordero se remata con *pastis*, se hace el *magret* de pato a la sidra y se duda entre leche frita o *gâteau basque*. Y el precio es decente, de bordas *duty free*. Eso sí, como de la parte de Francia hay carretera, lo mejor es acudir un viernes, para compartir sala con la única conversación de dos pastores, en vez de jugarse un estruendoso sábado de *quads* o la comunión de un niño francés en domingo.

Y llegados a este punto, sólo queda desandar lo andado. La vuelta circular no se recomienda, es sólo para aspirantes a náufragos. Conviene perderse, pero con moderación. Además, basta con volver sobre la misma regata para llevarse la sensación de haberse extraviado un poco. Lo justo como para sentir esa extraña magia de que en estos lugares, hasta tan sólo ayer, el tiempo se medía por luna, y el espacio, en días a caballo.